

# La página viva Kerouac: la vagabundia

José de la Colina

Los vagabundos norteamericanos aún son viajeros sanos y briosos, pueden esconderse y beber y orinar entre los arbustos de los viejos cementerios y dormir entre cartones y estrellar las botellas en las lápidas sin temer a aparecidos, estar ebrios y rientes en la noche que los protege de la policía y mandando a la chingada su propia futura muerte. Pero ay del infeliz vagabundo de los arrabales. Duerme en los portales, la espalda contra el muro, la cabeza contra el pecho, la palma de la mano derecha hacia arriba como para recibir la limosna de la noche, y la otra mano pendiente, sólida y firme como las de Joe Louis, pero mano patética, de mendigo, tensa, moldeando la imaginada limosna o como si fuera una boca que intentara declarar lo que no pudo decir en la vigilia: “¿Por qué no puedo respirar en la paz y la tibieza de un lecho propio, por qué estoy aquí con estos miserables harapos, en este umbral humillante, esperando que el engranaje de la ciudad empiece a funcionar?, y no quiero mostrar la mano mendicante pero aprovechad la ocasión para verla como en un gesto de plegaria, estoy solo, estoy enfermo, me muerdo, mirad mi mano abierta, sabed el secreto de mi corazón humano, llevadme a las montañas de esmeralda, fuera de la ciudad, llevadme a un lugar seguro, sed buenos, sed humanos, sonreíd, estoy fatigado de todo lo que ha pasado, desisto, lo dejo, quisiera volver a casa, allí donde estaría seguro y cómodo, donde todo es paz y tranquilidad, encerradme, quisiera ir hacia mi padre, mi madre, mi hermana, mi esposa, y también hacia ti, mi hermano, y hacia ti, mi amigo, pero no hay esperanza, ninguna esperanza, y despierto y daría un millón de dólares por estar en mi lecho hogareño, oh, Señor, sálvame”. Y en las rutas maléficas tras los almacenes de petróleo, allí donde los perros sanguinarios muestran los dientes tras los enrejados, los autos de la policía surgen

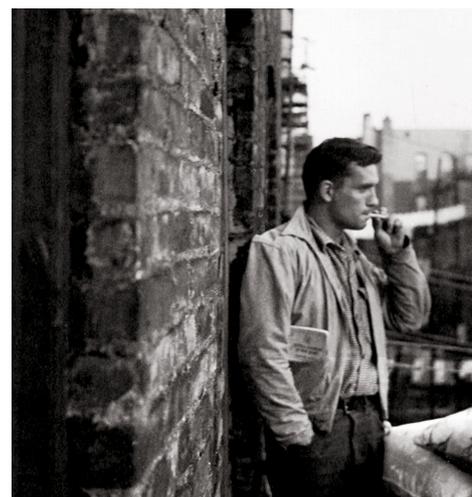
de pronto como carros atrapadores de vagabundos, pero llegan desde un crimen más secreto, más funesto de lo que las palabras podrían decirlo. Los bosques desbordan de carceleros.

(Jack Kerouac, *Lonesome Traveller*)

\* \* \*

A uno de los principales iniciadores de la Generación Beat: Jack Kerouac (nacido en 1922 y de una familia de origen francocanadiense en Lowell, Massachusetts, y fallecido en Nueva York en 1969 a los muy vividos y bebidos cuarenta y siete años de edad), le gustaba ese *ouac*, la segunda sílaba de su apellido, que es —según diría en alguna entrevista— como el percutiente, desesperado y excitante grito del ganso salvaje y migratorio; y, a veces, cuando se sentía con baja presión inspiradora, dejaba por un momento de escribir para meterse a asertarse un fogonazo de whisky barato, o de tequila de lujo, o de cualquier bebestible de alto grado alcohólico, y/o se fumaba un cigarrillo de marihuana, a la que llamaba *the beautiful seniorrita miss Mary Juana*, y bailoteaba semidesnudo como un pielroja, gritaba largamente ¡*ouac, ouac, ouac!*, y luego, ya “electrificado” (decía), teclaba sus aventuras de vagabundo místico, en busca de quién sabe qué, con su prosa libre, a la que Erick Mottran, en el *Penguin Book of American Literature* ha calificado de “literatura del instante”.

En los años cuarenta, los años de su azarosa educación superior y más o menos normal y formal, había fugazmente estudiado en el Columbia College de Carolina del Sur y en la School for Social Research de Nueva York, sin que finalmente se decidiera por



Jack Kerouac

alguna carrera. Durante la Segunda Guerra Mundial había hecho dos años de servicio como marinero (“un aprendizaje —dijo— de la ruda labor y de la fraternal aunque obligada camaradería”, y recordado con un sentimiento de amor/odio). Lector febril de Herman Melville, Mark Twain, Saroyan y Thomas Wolfe (“que me contagiaron el gusto de una literatura leal a la experiencia vital”), empezó a escribir y a vivir estimulado por el *free style of living* y la libre prosa de su amigo Neal Cassidy, “un Huckleberry Finn del siglo xx”, al que personificaría como el Dean Moriarty de su futura y varia obra literaria en la que vigorosamente narra, en un tono anecdótico pero conciso y fuerte, sus tiempos de juventud, de vagabundía, de droga y alcohol, de *chicken thief*, de *hobbo*, de azaroso *traveller*, de turista místico del Dharma, de amigo de otros escritores *beatniks* como William Burroughs y Allen Ginsberg. Su prosa narrativa, de estilo libre, corre como un torrente a lo largo de su obra numerosa en la que vibran los títulos *On the Road*, *The Subterraneans*, *The Dharma Bums*, *Tristessa* (de asunto mexicano), *Vanity of Duluo*, etcétera.

De *Lonesome Traveller*, libro misceláneo, he tomado estas líneas finales del artículo “El vagabundo norteamericano amenazado de desaparición” en las que rinde tributo a sus tiempos de vagabundia y de vida más aireada que airada, transcurrida en los caminos, las carreteras, los poblachos casi fantasmales y los paisajes desolados y secretamente invitadores al borde de las grandes rutas: una “vida de trasero feliz y ansiosamente itinerante”, como también le gustaba decir. **U**